

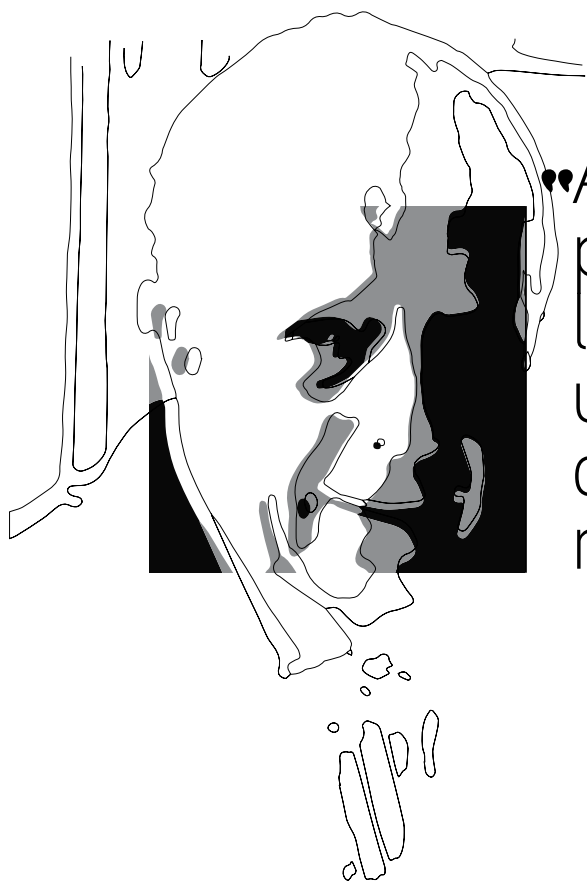
revolucionario de la comuna rural, como en su famosa carta a Vera Zasúlich de 1881.

La actualidad de Marx tiene que ver tanto con la coherencia como con esos acomodados de su plataforma doctrinal y, también, con su itinerario de exiliado por la Europa del siglo XIX: Berlín, París, Bruselas, Londres. Un itinerario que describe, a su vez, la cartografía de los orígenes del movimiento obrero moderno y de las grandes revoluciones europeas. Jonathan Sperber, que ha estudiado aquellas revoluciones, reconoce en Marx, junto a Louis Blanc y Auguste Blanqui, uno de sus principales líderes y testigos. La obra de Marx está ligada a la crítica con nombre propio del poder europeo de su tiempo: Federico Guillermo IV, Guillermo I, Napoleón III, Otto von Bismarck, la reina Victoria y sus primeros ministros, *whigs* o *torios*, lord Russell o Gladstone.

En libros recientes de Robin Blackburn y Allan Kulikoff se explora, en cambio, la relación de muy diverso signo que establecieron Marx y los marxistas con Abraham Lincoln. A fines de 1864, un mensaje de la Asociación Internacional de Trabajadores,

redactado por Marx, felicitaba al presidente de Estados Unidos por su reelección, luego del triunfo sobre las fuerzas esclavistas de los estados confederados sureños. Allí decía Marx que los obreros europeos “sentían instintivamente que los destinos de su clase estaban ligados a la bandera estrellada”. El pensador alemán reconocía la importancia de la “idea de una república democrática”, personificada por Estados Unidos, cuyo límite fundamental era la esclavitud recién abolida. Y concluía que así como la Revolución de Independencia había dado inicio a la dominación burguesa, el triunfo del abolicionismo en la Guerra Civil, de la mano de Lincoln —“hijo honrado de la clase obrera”—, conduciría a la “transformación del régimen social” y a la “nueva era de la dominación proletaria”.

Como recuerda Blackburn, Lincoln respondió a Marx a través de su embajador en Londres, Charles Francis Adams, agradeciéndole el apoyo de los obreros europeos. Y especula el historiador con la posibilidad de que Lincoln reconociera a Marx entre las firmas del mensaje de la Asociación Internacional de



“Aunque muy subrayada por la tradición comunista, la lucha de clases es uno de los puntos más débiles de la teoría marxista”

DANIEL GASCÓN  
entrevista a

GARETH  
STEDMAN  
JONES

Trabajadores por la colaboración permanente que el alemán sostuvo con el *New York Daily Tribune* y su director, Charles A. Dana, defensores de la causa abolicionista en la Guerra Civil. Dana, que conoció a Marx durante sus viajes por Europa en 1848, como corresponsal de aquellas revoluciones, llegó a ser secretario asistente de Guerra durante el conflicto de secesión, por lo que su cercanía con Lincoln es indudable.

Blackburn recuerda que aquella aproximación mutua entre marxistas y republicanos fue breve, ya que bajo las presidencias de Andrew Johnson y, sobre todo, de Ulysses Grant y Rutherford Hayes, el movimiento obrero se enfrentó a las políticas económicas de Washington que desembocaron en la crisis de 1873. La simpatía de Marx por Lincoln, sin embargo, puede ser archivada como uno de esos momentos en que el rígido enfoque clasista del marxismo se abrió a la comprensión de proyectos políticos basados en demandas nacionales o raciales. Aquel enfoque, heredado con celo dogmático por el comunismo soviético, especialmente en el periodo de la III Internacional estalinista,

produjo en América Latina las principales tensiones entre las izquierdas marxistas, populistas y nacionalistas revolucionarias en el siglo xx.

En el asomo al republicanismo, así como en su resuelta defensa de la libertad de asociación y expresión, Marx es nuestro contemporáneo. Hoy las izquierdas hegemónicas no son mayoritariamente marxistas: no lo son en Europa o Estados Unidos, ni en China, Rusia o América Latina. Pero algo de aquel malestar de las monarquías absolutas del xix o de los totalitarismos del siglo xx con las libertades públicas se reproduce en esas nuevas izquierdas, en cuanto se adueñan del Estado. La obra periodística de Marx ha quedado ahí, como testimonio de la lucha contra la censura y los vetos del poder de un pensador sin el que difícilmente puede comprenderse la hechura del mundo moderno. —

**RAFAEL ROJAS** (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York* (FCE, 2016).

*Karl Marx. Ilusión y grandeza* (Taurus, 2018) es una biografía admirable del autor de *El capital* y a la vez una introducción a sus ideas. Gareth Stedman Jones, profesor de historia de las ideas en Queen Mary, en la Universidad de Londres, cuenta la vida de Marx, muestra la evolución de su pensamiento y explica sus influencias: desde el idealismo alemán a las teorías económicas inglesas y francesas, desde el mundo del exilio y las revoluciones a la organización sindical o las divergencias estratégicas en la izquierda.

### Uno de los objetivos de este libro es distinguir entre Marx y el marxismo.

El marxismo es una creación póstuma que se debe a Engels y otros. En muchos sentidos es una forma de pensar muy diferente de la que encuentras en el propio Marx.

### Hay una gran cantidad de libros sobre Marx, desde la izquierda, por supuesto, y también desde el liberalismo.

### ¿Hay ideas populares sobre Marx que merezcan ser revisadas?

Lo que está mal en buena parte de la bibliografía, y sin duda en el *Karl Marx* de Isaiah Berlin, es pensar que Marx representa, más que otra cosa, una concepción materialista de la historia. Esta expresión es una invención de Engels, no es algo que utilizara Marx. El objetivo de los jóvenes hegelianos, y Marx era uno de ellos en los años cuarenta, era encontrar la forma de reconciliar el materialismo y el idealismo, no desplazar uno con el otro.

### También hay una combinación de idealismo alemán y crítica económica, con autores como David Ricardo.

A través de Engels, Marx conoce la economía política. Engels escribió una crítica de la política económica en 1843, porque era amigo de los owenistas en Manchester, y estos ya habían desarrollado su crítica de la competencia y una teoría de esa sociedad basada en comprar barato y vender caro. En cuanto

entrabas en la economía, entrabas en una forma de pensar en el modo capitalista de producción como un sistema económico total y esto podía formar parte de una historia más amplia de la ley natural. Se hablaba de cuatro etapas: de recolección, de pastoreo, de ganadería y la sociedad comercial. El modo capitalista de producción podía situarse en este marco interpretativo, y ese es el almacén que emplea Adam Smith. Pero no había nada que hiciera pensar que podía haber otro modo de producción que sucediera a la sociedad capitalista.

### La crítica empieza con la crítica de la religión, escribió Marx.

Para entender que en los años cuarenta había quien pensara en ese modo posterior de producción, hay que atender a la crítica religiosa de los jóvenes hegelianos. Para simplificar, destacan dos cosas. En primer lugar, David Friedrich Strauss, un seguidor de Hegel, sostiene en *La vida de Jesús* que el cristianismo es una manera

adecuada de entender lo divino y lo humano y construye una teoría de la religión en torno a la cuestión de Jesucristo. Traza una historia en la que sustituye la vida de Cristo por la vida de la humanidad en su totalidad. Es importante también la aportación de Bruno Bauer, que refuerza este argumento en el que la historia sustituye al cristianismo. Como Hegel, rastrea la historia del espíritu humano. Pero la aportación crucial es la de Feuerbach, que dice que la humanidad es el ser sufriente y pensante, es material y espiritual. Hay una inversión donde el hombre piensa que es el agente de Dios en vez de ser creado. Marx extiende ese argumento a la propiedad privada y el sistema económico. La humanidad creó esto, no viene de un lugar exterior. Y como lo creó también lo puede superar. Esto es lo que Marx toma de Ludwig Feuerbach, y de esto habla cuando trata el fetichismo de la mercancía. Marx no creó la concepción materialista de la historia. Quería reconciliar lo material y lo ideal.

**También tiene lugar en el debate sobre lo que debe sustituir al cristianismo.**

Lo que Marx defiende es la expectativa de que haya una nueva forma de reconciliación entre materia y espíritu, como dice en los manuscritos de 1844. Todo esto se basa en Feuerbach, pero también es importante la visión de Max Stirner. En *El único y su propiedad*, Stirner dice que la superación de Feuerbach no es tal, porque todavía se basa en la idea de algo llamado humanidad, en cuyo nombre deben actuar los hombres comunes: esto, sostiene, es como Dios con otro nombre. Aconsejaba la primacía del ego: si apartas esa idea de imperativo ético sobre la humanidad, el hombre puede hacer lo que

quiera, el individuo puede hacer lo que le apetezca. Esto es un momento muy difícil para Marx, que nunca responde a esta observación. En *La ideología alemana* dedica cientos de páginas a criticar a Stirner pero nunca aborda este punto central. La obligación humana con un espíritu. Lo que Marx hace es superar el debate hablando de que no hay imperativo ético pero tienes que observar la historia de la lucha de clases. Sustituye la obligación ética por la lucha de clases, que si lo piensas bien no es una idea muy convincente. Aunque fuera muy subrayada por la tradición comunista, la lucha de clases es uno de los puntos más débiles de la teoría marxista. El propio Marx le presta menos atención conforme pasa el tiempo.

**También se hizo una lectura que combinaba el pensamiento de Marx con la evolución.**

Marx construye una historia natural del modo capitalista de producción y cómo evoluciona. No creo que tuviera el mismo éxito con la teoría de la plusvalía: cambia de opinión y a finales de los sesenta ha abandonado la idea. De nuevo, es Engels el que traza un paralelismo entre Marx y Darwin. Pero Darwin no estaba interesado en la historia, no creía que tuviera un significado, mientras que Marx pensaba que la historia era muy diferente de la historia natural. Creía que la historia trataba de la intervención del hombre en la naturaleza. No pensaba que el hombre fuera un ser natural o estuviera determinado por la naturaleza. Esto no significa que no dependa de elementos naturales, por supuesto. Tiene que ver con lo que decía antes: lo que Marx y otros intentaban era encontrar una forma de unir lo material y lo ideal, no sugerir

que uno dominaba y el otro era solo un efecto.

**Durante mucho tiempo el periodismo fue su medio de vida.**

Su periodismo es muy interesante. No creo que pensara demasiado en la distinción entre ser filósofo y periodista. El periodismo era la forma de ganarse la vida. Utilizaba su conocimiento filosófico para sus artículos. Su periodismo era muy bueno en algunos aspectos, pero es muy académico, muy intelectual. Probablemente ahora no lo consideraríamos periodismo.

**Dedica espacio a los libros y las influencias intelectuales de Marx. Pero en el libro los acontecimientos históricos también son muy importantes.**

Marx intenta entender lo que ocurre a la luz de su visión general de la realidad. Lee *The Economist* de manera muy fiel y se pregunta qué ocurre en la bolsa. Sin embargo, al pensar en las reacciones de los trabajadores, no creo que tuviera nunca una idea muy realista de quiénes eran y lo que hacían. Si piensas en cosas como los miembros de partidos, diría que tiene una visión un poco cruda de lo que puede ser burgués o pequeño burgués.

**Cuenta fragmentos de la vida de Marx en Londres a través de informes de los servicios secretos. La ciudad recuerda a *El agente secreto* de Conrad.**

A partir de 1830 y especialmente de 1848, Londres era una meca de exiliados revolucionarios. Los gobiernos siguen a la gente e informan sobre ella; tienes informes alemanes y rusos de lo que hace Marx. Los ingleses no están tan interesados, no se lo toman muy en serio. No pueden hacer nada.

Habrían tenido problemas en el parlamento si hubieran intervenido demasiado. Es un periodo extraordinario de relativa libertad. Una de las cosas más interesantes es que hubo una conjura para matar a Napoleón III, por un hombre llamado Orsini, y el jurado se negó a condenarlo. Porque Napoleón III era muy impopular y en realidad nadie quería que el atacante recibiera castigo. Fue un periodo extraordinariamente libertario desde el punto de vista de la policía estatal.

**El 18 brumario de Luis Bonaparte es un libro que ha tenido una especial relevancia en los últimos tiempos.**

Hay maravillosos estudios de la época, como *Napoleón le petit* de Victor Hugo. Los parecidos con Trump son a veces asombrosos, aunque Napoleón III no era tan arrogante. A Marx le cuesta entender cómo alguien tan vulgar como Napoleón puede obtener una victoria electoral. Y esto es un problema con los plebiscitos que se han celebrado, y lo vimos en el Reino Unido con el Brexit.

**No es una biografía psicológica. Pero sí dedica espacio a sus orígenes familiares. La relación con la familia, judíos convertidos al protestantismo, es a veces tirante. Con altibajos y contradicciones, su matrimonio parece más feliz.**

Era el niño mimado de la familia. Su padre y su madre lo cuidaban mucho. Su padre escribió observaciones importantes sobre sus limitaciones. No creo que fuera un buen miembro de la familia. Critico su relación con su madre, porque creo que buena parte de lo que decía la literatura secundaria era injusto. La presentaban como una idiota. El material primario no dice eso; parece que tenía

una actitud en verdad razonable. Se insiste en la idea de que era demasiado solícita. Hay que tener en cuenta que era una familia asolada por la enfermedad, por la tuberculosis. Creo que todas esas recomendaciones –“ponte un abrigo”, etcétera– tienen todo el sentido del mundo. Con su padre hay cosas interesantes. Por ejemplo, cuando Marx quería todavía ser un poeta, le escribe una carta donde le reprocha que pase el día sin vestirse, que fume y beba demasiado, que sea indulgente consigo mismo. Su madre tenía una visión bastante clara de sus virtudes y sus defectos y era capaz de controlarlo. Su hermana estaba casada con Lion Philips, que manejaba el patrimonio, y Marx tenía que comportarse bien si quería cobrar su herencia, algo en lo que, naturalmente, estaba bastante interesado. Pero parte del tono en las cartas, cuando habla de su madre, es bastante desagradable.

**También hay otra carta curiosa, cuando muere Mary Burns, la pareja de Engels. Engels reprocha a Marx su frialdad.**

Marx y su mujer, Jenny, nunca respetaron a Mary Burns. Cuando Mary fue a Bélgica en el periodo entre 1845 y 1848, no tenía una relación real con Marx y este se comportaba de manera bastante altanera con ella. La relación entre Jenny y Mary Burns nunca fue particularmente buena. Cuando ella murió, Engels vivió con la hermana de Mary, Lizzie, y parece que la relación con ella fue bastante mejor. Así que las cosas cambiaron, no siempre fueron iguales.

**Prefiere al Marx maduro que al Marx joven.**

La idea del fetichismo, de la inversión, de atribuir agencia

a algo distinto a la humanidad sigue siendo algo relevante. El neoliberalismo se parece bastante a ese diagnóstico. Y también lo es la crítica de la religión. Es una parte de Marx que sigue siendo importante. En segundo lugar, y aquí la influencia de Hegel adquiere importancia, tienes la idea del desarrollo del capitalismo. El *Manifiesto comunista* da una imagen elocuente y poderosa de ese proceso. Se ha conseguido más en los últimos cien años que en todas las anteriores épocas de la historia. Aunque no acierte en lo político, aporta una imagen muy iluminadora del funcionamiento del capitalismo: no respeta las jerarquías, derriba y levanta cosas, impulsa la economía hacia delante de una manera que ningún otro sistema había hecho en el pasado. Son dos factores muy importantes. El tercero es separar a Marx del marxismo. Cuando Marx escribe *El capital*, en la década de 1860, parece posible que el capitalismo se transformara en otra cosa. Marx piensa sobre todo en Inglaterra, producto de fuerzas que llegan desde fuera, como las reformas de 1867, pero también en cambios paralelos en las prácticas de las empresas. Estas ideas, esta transición del capitalismo a lo que podríamos llamar socialdemocracia se encuentra en el primer volumen de *El capital* y sin duda habría estado en el segundo si hubiera salido a la vez. Pero Marx nunca terminó de escribirlo, el segundo volumen sale treinta años después y a esas alturas también influye la situación del partido socialdemócrata alemán, que era incapaz de hacer ninguna oposición real a Bismarck porque había una fuerte represión. Engels sale con una teoría que dice que el capitalismo caerá inevitablemente, que se autodestruirá. No creo que puedas encontrar

esto en Marx, creo que es lo que quería decir Engels. Y con él los socialdemócratas, porque dice que el capitalismo caerá sin que ellos tengan que intervenir. Esto es la base del marxismo, la idea de que el capitalismo alcanza sus fases finales y solo es cuestión de tiempo. En el siglo xx esta idea es muy importante, pero creo que tiene muy poco que ver con lo que decía Marx.

### **No le interesaban los derechos individuales.**

Nunca superó el momento de pensar que la declaración de los derechos del hombre era el epítome del pensamiento burgués y no una verdadera emancipación. Nunca consideró la individualidad de los trabajadores, sino el perfil general. Nunca pensó en cómo podían cambiar entre sí los individuos. Y esta es a mi juicio una de las razones por las que su política no es muy buena. No entendía cómo actuaba la gente.

### **Una crítica clásica es que habría subestimado el poder de la nación y del nacionalismo.**

Eso era cierto desde el principio. Viene de Hegel, que se toma el Estado muy en serio y a la nación no. Sin embargo, la idea de la Internacional es buena, más en el caso de la Primera: intentaba ofrecer un contrapeso al irrestricto mercado de trabajo internacional, que creaba racismo, opresión, etc. En ese sentido es difícil pensar cómo hacer funcionar una Internacional, pero es una buena idea en principio.

### **Algunas de sus observaciones parecen ahora más relevantes que hace quince o veinte años. ¿En qué medida sigue siendo útil?**

En otros momentos había un fuerte movimiento sindical, del que se

pensaba que podía causar un cambio de régimen. Y una idea de la historia. Nada de esto parece muy probable ahora. Ha habido grandes transformaciones en la división internacional del empleo y la naturaleza del trabajo, que hacen difícil pensar en la clase trabajadora y cómo puede reaccionar en el futuro: asuntos como internet, el aumento del trabajo informal, etc. Es una situación muy distinta de la que habría sido reconocible en otra época. Pero es relevante la idea de que el pensamiento religioso puede corromper el pensamiento político en términos de inversión y fetichismo. Al margen de lo que pensemos, la de Marx es una de las descripciones más elocuentes de lo que es bueno y malo del capitalismo, lo que es dinámico y creativo y lo que es destructor y habría que frenar, pero no creo que nos dé una herramienta para hacer una aplicación positiva de eso, como hace cincuenta o sesenta años.

### **También hubo una disputa entre el marxismo y el posmodernismo.**

La historia sigue siendo significativa, todavía lo es el modernismo. Hemos pasado esa época, pero el modo en que se quiere descartar o criticar las etapas de la historia me parece erróneo. La historia sigue siendo clave para entender lo que ocurre y lo que ha ocurrido. Muchas de esas críticas me parecen provincianas y erróneas.

### **Algunas ideas que han tenido más importancia en el desarrollo posterior del marxismo no parecen tan importantes en su obra, según explica. Por ejemplo, la plusvalía.**

Nunca siguió a detalle cómo debía funcionar la plusvalía, cómo se relacionaba con un día de trabajo,

no veía diferentes formas de actividad económica. Lo principal es que la mayor parte del trabajo se había hecho en Francia en los treinta y cuarenta, y Marx tomó mucho de ahí.

### **Es difícil separar a Marx de su influencia en revoluciones y regímenes del siglo xx. ¿En qué medida están ya en el pensamiento de Marx?**

Dijo algunas cosas muy importantes para los revolucionarios del siglo xx. Pero su idea cambiaba, respondía a acontecimientos. No construía una teoría. Aprendió de la experiencia y se volvió más realista. Quería colocar su pensamiento en el contexto en el que estaba escrito. Cambiaba sus ideas en relación con las situaciones en las que se encontraba. La idea de que las revoluciones eran una repetición de 1789 era común en los años cuarenta, cuando el paradigma era la Revolución francesa. Pero eso cambió. Como resultado de la experiencia revolucionaria, llegas al desarrollo de formas de asociación política en los cincuenta y sesenta, sobre todo en los sesenta, cuando hay una renovación de la política en Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia. Su escritura cambia porque cambian las circunstancias. No está fijada en una idea de la revolución. Desde una perspectiva política, yo quería cambiar el foco de sus experiencias en las revoluciones de los años cuarenta, que era muy poco realista, a las de los sesenta, cuando tenía un sentido mucho más informado de lo que podía ser posible. No resultó ser lo que decía, pero no era exageradamente impreciso, como en sus textos anteriores.—

**DANIEL GASCÓN** (Zaragoza, 1981) es escritor y editor de *Letras Libres*. Debate publica este mes *El golpe posmoderno*.



# MARXISMO Y FEMINISMO:

ANDREWS

CATHERINE

UNA  
PERSPECTIVA  
HISTÓRICA

ilustración  
ARI CHÁVEZ CHACÓN



Siempre me ha fascinado la historia de Olive Schreiner, autora de uno de los textos clásicos feministas del siglo xx (*Woman and labour*, 1911). Schreiner nació en 1855 en una misión metodista de Cabo del Este

(actualmente, República de Sudáfrica). Fue la novena de doce hermanos. Su padre, Gottlob Schreiner, era un clérigo alemán; y su madre, Rebecca Lyndall, hija de un ministro protestante inglés. En la década de 1880 Olive vivió en Escocia y luego en Londres, donde se hizo amiga de la hija menor de Karl Marx, Eleanor, y de otras mujeres socialistas en el club londinense Nueva Mujer. En ese periodo empezó a investigar sobre lo que llamaría más tarde “el problema del trabajo femenino”; es decir, la cuestión de la idoneidad de las mujeres para trabajar fuera de la casa, muy debatida entre la intelectualidad europea del momento. Concluyó dicha tarea en 1899 cuando, tras el matrimonio y la muerte de su única hija, se encontró de nuevo en Sudáfrica. Obligada a refugiarse en su casa de manera repentina durante la guerra de los bóeres, tuvo que abandonar el manuscrito terminado. Ocho meses más tarde, cuando un amigo fue por el texto, descubrió que la casa de Schreiner había sido saqueada y quemada, y con ella, su libro. Profundamente decepcionada por la pérdida de veinte años de trabajo, Schreiner decidió reescribirlo. Pero la guerra, y luego su mala salud, le impidieron reconstruir el texto en su totalidad. Al final, optó por reelaborar solo los últimos capítulos, que fueron publicados en 1911.

Cuento la historia de Schreiner en calidad de alegoría por el tema de este ensayo: la relación entre el pensamiento marxista y el feminista del siglo xix a la actualidad. La historia de su libro ejemplifica de manera excelente esta relación intelectual; su existencia accidentada y llena de violencia simboliza la forma en que el trabajo intelectual de las mujeres se realiza en un mundo aún diseñado para los hombres.

El marxismo y los marxistas no han sido siempre los más entusiastas partidarios de la causa feminista. Desde el siglo xix intentaron marcar una división entre las propuestas igualitarias del “feminismo burgués” y las ideas socialistas dirigidas a dismantlar el capitalismo. El fin de este, argumentaban, terminaría con la explotación de la burguesía sobre la clase obrera y liberaría a hombres y mujeres por igual. En *La ideología alemana* (escrita en 1846, pero publicada por primera vez en 1932), Marx y Engels plantearon que la primera división del trabajo derivaba del

hecho de que la mujer se embarazaba y se dedicaba a cuidar a sus hijos. Desde su punto de vista, era una división “natural” de las tareas masculinas y femeninas. Engels retomó esta idea más tarde en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (1884). En este texto, argumentó que, en el periodo precapitalista, la familia era parte de una comunidad productiva en la que la propiedad se compartía entre todos sus miembros:

La división del trabajo es en absoluto espontánea: solo existe entre los dos sexos. El hombre va a la guerra, se dedica a la caza y a la pesca, procura las materias primas para el alimento y produce los objetos necesarios para dicho propósito. La mujer cuida de la casa, prepara la comida y hace los vestidos; guisa, hila y cose. Cada uno es el amo en su dominio: el hombre en la selva, la mujer en la casa. Cada uno es el propietario de los instrumentos que elabora y usa: el hombre de sus armas, de sus pertrechos de caza y pesca; la mujer, de sus trebejos caseros. La economía doméstica es comunista, común para varias y a menudo para muchas familias. [*El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Akal, 2017.]

La transición hacia el capitalismo implicó, de acuerdo con el análisis de Engels, la esclavitud de la mujer, pues la introducción de la propiedad privada y el intercambio de trabajo masculino por dinero en el espacio público modificaron también la relación en el ámbito doméstico. Dice Engels:

La misma causa que había asegurado a la mujer su anterior supremacía en la casa —su ocupación exclusiva en las labores domésticas— aseguraba ahora la preponderancia del hombre en el hogar: el trabajo doméstico de la mujer perdía ahora su importancia comparado con el trabajo productivo del hombre; este trabajo lo era todo; aquel, *un accesorio insignificante*. [Las cursivas son mías.]

En otras palabras, se interpretaba la explotación sufrida por la mujer a manos capitalistas como una extensión de la infligida a su marido. Ella contribuía a la producción de plusvalía mediante el cuidado de su marido y la procreación de la fuerza de trabajo. Asimismo, se le consideraba como el elemento burgués en la familia, en virtud de su papel como consumidora del salario del esposo. Para conseguir su libertad primero tendría que incorporarse al mercado como fuerza laboral, pues de esta manera podría reclamar la parte correspondiente de los frutos de su trabajo. Engels subrayaba que “la emancipación de la mujer no se hace posible sino cuando esta puede

participar en gran escala, en escala social, en la producción y el trabajo doméstico no le ocupa sino un tiempo insignificante”. Por consiguiente, el fin socialista debería ser crear las condiciones necesarias para permitir el trabajo de la mujer fuera de la casa, pero no librarla de la responsabilidad “natural” de su sexo.

La interpretación socialista del origen de la subyugación femenil resultó sumamente importante para las mujeres trabajadoras y socialistas. Desde el siglo XIX, se repite para rebatir los argumentos en contra de la presencia de la mujer en el campo laboral, y para exigir de los patrones salarios igualitarios y mejores condiciones de trabajo para las mujeres. Hasta la actualidad es el motor de buena parte de la acción sindicalista entre mujeres.

### EL ORIGEN DE LA FAMILIA

La teoría de Marx y Engels acerca de los orígenes de la familia y el capitalismo también ha servido de distintas maneras para el desarrollo del pensamiento feminista fuera del socialismo. La versión del comunismo primitivo de Engels, según la cual las mujeres y los hombres compartían el trabajo en condiciones de igualdad, inspiró a Olive Schreiner para elaborar una crítica incisiva a los argumentos científicos de su época que postulaban la inferioridad física e intelectual de las mujeres. Para Schreiner la historia de la relegación de la mujer al espacio privado era una tragedia, pero también una inspiración para el futuro. Si bien dedica sus primeros capítulos a describir cómo las transformaciones de la sociedad del “estado primitivo” a “la civilización” decimonónica habían “robado a las mujeres su dominio antiguo de la labor productiva y social” para convertirlas en una especie “parasítica” del hombre, no pretendía adjudicar este cambio a la supuesta debilidad de la mujer. Al contrario, buscaba resaltar la fuerza femenil, sus contribuciones al progreso de la sociedad y su espíritu indomable:

Mientras que el hombre cazaba, o batallaba con el enemigo [...], trabajábamos la tierra. Arábamos el campo, cosechábamos el grano, organizábamos las casas, hilábamos y cosíamos la ropa, hacíamos las ollas y pintábamos los primeros dibujos, lo que representaba el primer arte doméstico de la humanidad; estudiábamos las propiedades y usos de las plantas, y nuestras mujeres fueron las primeras médicas de la raza, como sus primeras sacerdotisas y profetas. [*Woman and labour*, T. Fisher Unwin, 1911.]

Antes de Simone de Beauvoir, Schreiner apuntó que no había nada natural en la división de labores entre hombres y mujeres: entre los animales, las hembras

no eran más débiles que los machos y había casos en que ambos sexos compartían la tarea de la crianza. De hecho, para Schreiner, la mujer debería considerarse como el sexo más fuerte, pues su “trabajo era más laborioso e interminable que el del hombre”. El varón “salvaje” tenía tiempo para descansar “en el sol” comiendo y bebiendo “lo producido por nuestras manos”, mientras que la mujer, incluso “cuando traía un niño en el vientre”, seguía trabajando sin quejarse. Ni siquiera aceptaba el argumento de que el rol masculino de soldado o guerrero ilustraba la inferioridad de las mujeres, pues “incluso en términos de la muerte [...] hay mucha más probabilidad de que la mujer promedio muera en el parto a que el hombre promedio muera en el campo de batalla”.

El libro de Schreiner, por ende, era un llamado a las mujeres a no aceptar su estatus subordinado. Debían de inspirarse en el heroísmo de sus congéneres del pasado que “nunca fueron compradas ni vendidas [...] que no conocían el miedo, ni temían la muerte, pero quienes vivían grandes vidas y tenían grandes esperanzas”. La salvación de la mujer consistía en volver a realizar trabajo productivo y socialmente útil; y, dado que “nada del presente ni del pasado” sugería que había “relación entre las capacidades intelectuales y la función sexual”, no existía cargo al que no pudieran aspirar:

De la silla del juez al escaño del legislador; de la sala del estadista a la oficina del comerciante; del laboratorio del químico a la torre del astrónomo; no hay puesto [...] en el que no aspiremos a meternos: y no hay puerta cerrada que no intentemos abrir; y no hay fruto en el jardín del conocimiento que no vayamos a comer.

## LA LUCHA DE CLASES

Las grandes esperanzas de Schreiner y sus compañeras de la primera ola feminista de que la sociedad industrializada ofreciera a las mujeres oportunidades de igualdad mediante el empleo asalariado no se habían cumplido para la década de 1960. Ni siquiera en los países comunistas, donde el número de mujeres trabajadoras era mayor que en los capitalistas. Las mujeres, al parecer, no eran oprimidas solo por su “irrelevancia” económica. Había que buscar otra explicación para su situación subordinada. El análisis marxista de nuevo resultó muy útil para el pensamiento feminista. No obstante, la inspiración ya no fue Engels y *El origen de la familia*, sino la teoría de la lucha de clases y su función como motor de la historia. Las feministas del *baby boom* estadounidense interpretaron su lucha en términos revolucionarios y crearon una narrativa en que las mujeres se describieron como

“una clase” oprimida por “la supremacía masculina”, o bien, por lo que llamarían “el patriarcado”. En palabras del famoso manifiesto de las Redstockings (Medias Rojas) de 1969:

La supremacía masculina es la más antigua y la más básica forma de dominación. Todas las demás formas de explotación y opresión (racismo, capitalismo, imperialismo, etc.) son extensiones de la supremacía masculina: los hombres dominan a las mujeres y unos pocos hombres dominan lo restante. Todas las estructuras del poder a través de la historia son dominadas por los hombres y orientadas hacia los hombres. Los hombres controlan todas las instituciones políticas, económicas y culturales, y mantienen ese control mediante la fuerza física. Ellos usan el poder para mantener a las mujeres en una posición inferior. Todos los hombres se benefician económica, sexual y psicológicamente de la supremacía masculina. Todos los hombres oprimen a las mujeres.

En este feminismo radical (adjetivo que deriva de la insistencia en identificar la raíz de la opresión femenina), la mujer no fungía como el elemento burgués de la pareja, como insinuaba Engels. El elemento burgués era *el hombre*, y el fin del feminismo radical no era otro que “desarrollar la conciencia de clase femenina” con el fin de promover la destrucción del sistema de explotación clasista.

Según el análisis radical, la supremacía de la clase masculina se apoya en la violencia física y sexual. Adrienne Rich argumentó en 1980, por ejemplo, que el fundamento del poder masculino reside en el rechazo a que las mujeres desarrollen su propia sexualidad. En el patriarcado, la mujer se define a partir del servicio sexual que proporciona al hombre, y nunca en función de sus propios deseos. La familia y la heterosexualidad, por consiguiente, no son fenómenos naturales, sino políticos. Las instituciones gubernativas del patriarcado inculcan y reproducen las relaciones de clase. Para Rich, “ante la ausencia de elección [en su sexualidad] [...], las mujeres no tendrán el poder colectivo para determinar el significado ni la posición que podría tener la sexualidad en sus vidas” [“Compulsory heterosexuality and lesbian existence” en *Signs*, vol. 5, núm. 4, 1980].

## LA INTERSECCIONALIDAD

El llamado del feminismo radical para que las mujeres adquirieran conciencia de su clase y lucharan por su liberación encontró eco principalmente entre mujeres blancas de clase media en Europa y Estados Unidos. Para otras comunidades femeninas, el discurso de que todos los hombres se beneficiaban de



la supremacía masculina no correspondía del todo con sus realidades. Si bien la propuesta de analizar las relaciones entre hombres y mujeres como una lucha entre clases encontró una recepción favorable entre feministas socialistas, como Zillah Eisenstein y Patricia Connelly, no por ello renunciaron a la tesis marxista de la explotación económica en el capitalismo. Más bien, incorporaron el feminismo radical en sus argumentos. Eisenstein, por ejemplo, planteó “la teoría de un patriarcado capitalista” que postulaba la existencia del patriarcado previa al capitalismo y sugirió que había “una dependencia mutua entre la estructura de clase capitalista y la supremacía masculina”. Afirmaba que el socialismo y el feminismo radical obligaban a estudiar la opresión como si las mujeres ocuparan solamente el espacio privado y los hombres, el público; es decir, se analizaba “el trabajo doméstico o el trabajo asalariado; [...] la familia o la economía; [...] la división sexual del trabajo o las relaciones de clase en el capitalismo”. La teoría del patriarcado capitalista, en cambio, permitía a las feministas socialistas reconocer que las mujeres existían en ambas esferas y participaban activamente en ellas.

Para las feministas negras, las tesis de la supremacía masculina y del patriarcado capitalista no constituían una explicación coherente acerca de la situación de la mujer. Las retóricas socialista y feminista radical no incluían referencias a la opresión racista, que consideraban como una explotación derivativa. Las socialistas consideraban a esta como producto del capitalismo y las feministas radicales, como resultado del patriarcado. Para las feministas negras de Estados Unidos y las del entonces llamado tercer mundo, era necesario analizar el racismo también como parte medular de la lucha de clases. Como explicaron las integrantes del Colectivo de Río Combahee, un grupo de mujeres negras lesbianas estadounidenses, en su manifiesto de 1977:

Reconocemos que la liberación de toda la gente oprimida requiere la destrucción de los sistemas político-económicos del capitalismo y del imperialismo, tanto como el del patriarcado. Somos socialistas porque creemos que el trabajo se tiene que organizar para el beneficio colectivo de los que hacen el trabajo y crean los productos, y no para el provecho de los patrones. Los recursos materiales tienen que ser distribuidos igualmente entre todos los que crean estos recursos. No estamos convencidas, sin embargo, de que una revolución socialista que no sea también una revolución feminista y antirracista nos garantizará nuestra liberación. [...] Necesitamos verbalizar la situación de clase real de las personas que no son simplemente trabajadores sin raza, sin sexo, pero

para quienes las opresiones raciales y sexuales son determinantes en sus vidas laborales/económicas. Aunque compartimos un acuerdo esencial con la teoría de Marx en cuanto se refiere a las relaciones económicas específicas que él analizó, sabemos que su análisis tiene que extenderse más para que nosotras comprendamos nuestra específica situación económica como negras.

Desde la academia, feministas negras como Angela Y. Davis (*Women, race and class*, 1981) y bell hooks (*Ain't I a woman? Black women and feminism*, 1981) retomaron estos argumentos para elaborar una historia del capitalismo e imperialismo en Estados Unidos que subrayaba el peso de esa triple explotación experimentada por las mujeres negras. En 1991, la socióloga Patricia Hill Collins acuñó el término “matriz de dominación” (*matrix of domination*) para explicar cómo diferentes mujeres lidiaban con dichas opresiones.

Actualmente el feminismo identifica este análisis como “interseccional”. La nomenclatura deriva del trabajo de la jurista Kimberlé Crenshaw quien, siguiendo las tradiciones del feminismo negro, critica la legislación antidiscriminatoria de Estados Unidos por no contemplar la “intersección” de dos o más discriminaciones en una sola queja. La nueva terminología feminista ya no se refiere únicamente a la opresión resultante de las diferencias sexuales, sino también a la que emana del género. No obstante, el feminismo interseccional tiene dos corrientes principales: la materialista, que postula que el género es el nombre que se asigna a las relaciones jerárquicas de poder entre la clase masculina y la femenina; y la liberal (y posmoderna), que entiende el género, al igual que la clase y la raza, como formas de “identidad”. Las rupturas y los desacuerdos en la discusión feminista actual solo se pueden entender si se reconoce esta distinción.

En suma, el marxismo y el feminismo tienen una historia compartida de largo aliento. Las feministas de distintas índoles, socialista o no, han adoptado y adaptado los argumentos de Marx y Engels para promover la liberación de la mujer. Hasta la expresión feminista en boga —*interseccionalidad*— tiene ascendencia marxista. El planteamiento común es que quieren liberar a la mujer de sus múltiples opresiones ya. No desean esperar a que la revolución o ningún otro movimiento masculino otorgue la justicia que merecen. —

**CATHERINE ANDREWS** es investigadora de la División de Historia del CIDE. El año pasado, el FCE publicó *De Cádiz a Querétaro. Historiografía y bibliografía del constitucionalismo mexicano*.

# EL JOVEN MARX:

PELEAS  
DISCUSIÓN Y  
UNA GRANDE  
PASIÓN

EDUARDO  
HUCHÍN  
SOSA



Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica. La frase de Salvador Allende —que resurge cada tanto para explicar el habitual estado de excitación subversiva de las nuevas generaciones y para reprochar que otros no lo sientan con la misma intensidad— parece alentar un par de ficciones biográficas dedicadas a la figura de Karl Marx: *Le jeune Karl Marx*, la película de Raoul Peck (autor también del guion, junto con Pascal Bonitzer) y *Young Marx*, la obra de teatro de Richard Bean y Clive Coleman, cuya puesta en escena sirvió para inaugurar el Bridge Theatre en Londres. Ambas piezas, estrenadas el año pasado, coinciden en su propósito de retratar a Marx y a Engels como dos agitadores entrañables, pensadores “emergentes” en busca de pleito, y menos como el par de señores que, por cosas de la historia, salen a menudo al lado de Lenin en algunas imágenes de propaganda.

La película de Peck dibuja a un Marx a mitad de sus veinte, cuyos controvertidos artículos en la *Gaceta Renana* lo obligan a emigrar de Colonia a París. Coleman y Bean se centran en los primeros años en Londres, una vez que Marx ha superado la treintena y se ha instalado junto con su familia en un diminuto departamento del Soho. Los dos periodos, valga la pena repetirlo, estuvieron marcados por las dificultades económicas, los dramas familiares y un febril ritmo de escritura. El tono de farsa con pinceladas de tragedia de la pieza de Bean y Coleman proporciona mejores recursos para representar a un Marx dueño de un agudo sentido del humor y penetrante intelecto y, sin embargo, con importantes puntos ciegos (en una escena, mientras los amigos revolucionarios despotrican contra la explotación capitalista, las mujeres de la casa llevan a cabo labores domésticas). En ese sentido, la película de Peck es más convencional: elige un punto de inflexión —el encuentro entre Marx y Engels— y concluye con la publicación del *Manifiesto comunista*, el producto más emblemático de aquella incipiente amistad. La secuencia final —en que algunas fotografías cuentan la historia occidental del siglo xx mientras se escucha “Like a rolling stone” de Bob Dylan— establece una continuidad entre los oprimidos a los que se dirigía el *Manifiesto* y los de ahora. Se trata, por supuesto, de un epílogo previsible.

Esta necesidad de humanizar a Marx y a Engels a través de dos diferentes lapsos de juventud puede hallar su complemento en *El joven Karl Marx* (Akal, 2012), de David Leopold, cuyo subtítulo —*Filosofía alemana, política moderna y realización humana*— parece prometer muchas menos horas de diversión que la pieza teatral y la película. El especialista en teoría política ofrece un acercamiento a las obras que Marx escribió entre los veinticinco y los veintisiete años, en busca no del hombre y su circunstancia sino del profundo pensador político que era ya en aquel momento y cuyas contribuciones se vieron opacadas por su influyente trabajo posterior. No se trata de un volumen biográfico, aunque se apoya en muchos papeles personales, sino eminentemente teórico y, dada la apuesta, termina teniendo un particular encanto. Las rivalidades intelectuales de Marx de aquellos años importan para entender sus ideas, pero también para caracterizar su método de trabajo. Estudiar a quién estaba leyendo y con quién se estaba peleando proporciona al autor estimulantes líneas de interpretación para esclarecer aquel periodo.

Leopold se embarca en una lectura minuciosa de algunos textos —“Sobre la cuestión judía” o la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, por ejemplo— que a su parecer han dado pie a una serie de lugares comunes que merecen más de una precisión. Marx es en cierta medida responsable de esos malentendidos: el estilo oscuro de su prosa ayudó poco, lo mismo su ánimo combativo (para el lector moderno no siempre resulta claro quién es el blanco de esta o aquella diatriba). El esfuerzo, sin duda, es importante. Da la impresión de que la imagen del filósofo descansa en algunos veredictos —la influencia hegeliana, el desprecio por los derechos humanos, la abolición de la política una vez que se alcance la emancipación— bastante debatibles. Leopold pone sobre la mesa un puñado de ideas a contracorriente para ilustrar lo que todavía falta por discutir a ese respecto.

Como sucede con el resto de los jóvenes, una de las partes más desafiantes y difíciles de enfrentarse al joven Marx tiene que ver con encontrar ánimos y herramientas para entenderlo. A la par de una revisión a conciencia de sus adversarios, Leopold identifica aquellos procedimientos retóricos que a menudo operan en detrimento de su claridad, el anacronismo con que ahora leemos algunos de sus conceptos sustanciales —objetivación, alienación— y el carácter desigual de sus escritos —los publicados, los que no se publicaron pese a que fueron redactados con ese propósito, las anotaciones personales de lectura—. Sus argumentos resultan persuasivos en diversos grados: es extraordinariamente consistente para explicar por qué un periodista dedicado a asuntos

como el robo de madera en Mosela dio un giro en sus preocupaciones para hablar de la pantanosa filosofía hegeliana, pero se enfrenta a problemas mayores cuando quiere identificar el lugar que ocupan los derechos humanos en su pensamiento. En ocasiones, tiene que ensanchar el criterio, atender detalles más dispersos. Los distintos sentidos que Marx atribuye a una misma palabra, sin duda, dificultan la comprensión, pero Leopold demuestra que hay una sólida coherencia en el primer Marx y que es posible establecer cuándo un concepto —digamos: el Estado— está siendo usado desde un punto de vista amplio y cuándo desde uno restringido, de acuerdo con el contexto. En ese plano, su “retrato” escarba zonas de la personalidad, las circunstancias históricas y el intelecto de Marx a las que el cine o el teatro son incapaces de llegar.

Hay algo particularmente atractivo en que las versiones *Young* y *Jeune* del filósofo rastreen en su juventud el ánimo subversivo, doméstico, en fin, humano, que pueda conectar al autor del *Manifiesto comunista* con el público actual. El drama del escritor *freelance*, angustiado por las fechas de entrega y la falta de dinero, obligado a compartir su hogar con un montón de personas mientras persigue sus propios intereses intelectuales, es la condición milénial por excelencia. Su vigencia como personaje no es tan complicada de lograr.

Pero hay todavía un camino más estimulante. La lucha por los escritos tempranos de Marx no puede considerarse el tipo de pasatiempo que tienen algunos investigadores, cuando han agotado las obras de madurez. Aquellos textos no solo sufrieron un accidente y tardío proceso de edición sino que se dieron a conocer en un momento poco propicio, cuando todavía se identificaba al marxismo con el régimen soviético. Su entrada en escena produjo dos reacciones en abierto antagonismo: un bando consideró justo el olvido en que habían caído y el otro halló en ellos una clave que obligaba a releer a Marx con otros ojos. “El lenguaje y las inquietudes de los primeros escritos no tenían cabida en la versión autorizada del marxismo”, cuenta Leopold, quien en su libro busca apartarse de ambas posturas. Esa labor de tomarse en serio los escritos de un joven de veinticinco años, incluso si se trataba de Marx, termina por ser un inesperado homenaje a su espíritu rebelde, en particular si supone desestabilizar la ortodoxia alrededor de su obra y librar batallas contra expertos “más dados a imitar el estilo del joven Marx que a ayudar a los lectores modernos a comprender lo que quería decir en realidad”. —

**EDUARDO HUCHÍN SOSA** es músico y escritor. Forma parte de la redacción de *Letras Libres*.



Marx generó seguidores, intensos debates, herejías y apóstatas. También produjo un análisis del capitalismo que todavía resulta iluminador, una concepción de la historia, una combinación de

la filosofía y la ciencia social, herramientas interpretativas y la base de una mitología. *Letras Libres* reunió al filósofo Félix Ovejero, a la historiadora y politóloga Mercedes Cabrera, al periodista Joaquín Estefanía y a la periodista y politóloga Aurora Nacarino-Brabo para analizar la vigencia de sus ideas.



**Mercedes Cabrera:** Hace unos días aparecía un texto de Rupert Younger y Frank Partnoy en el *Financial Times*, una especie de actualización del *Manifiesto comunista*. Era curioso, porque salía en un medio como ese y lo escribían dos personajes que pertenecían al mundo que supuestamente Marx criticaba. El de Marx no es un retorno de los habituales. Ya no se habla tanto de la clase obrera, sino de los *have* y los *have-nots*. Son otro tipo de sujetos pero manifiestan la vigencia de una idea un tanto imprecisa. Lo que desde luego ya no se pone en cuestión es la propiedad privada y sus virtudes.

**Joaquín Estefanía:** Hay un regreso de Marx, de Keynes y escuelas distintas a los neoclásicos. Lo que ocurre es que Louis Althusser tenía razón... en una cosa. Sí hay dos Marx: uno es el Marx filósofo y otro es el economista. Hay una cierta ruptura. Lo que decían los autores del manifiesto activista en el *Financial Times*

es que el *Manifiesto* estaba vigente, y por tanto lo estaba también el Marx joven. No hacían ninguna alusión al Marx maduro. Parecía que el *Manifiesto* acierta y *El capital* no. Sin embargo, ahora, cuando se ven las consecuencias de la crisis, esto se conecta muy bien con *El capital*. Esta obra pronostica un empobrecimiento generalizado. Habla de un crecimiento de la plusvalía relativa, del aumento de la jornada de trabajo, de que se van a dificultar las condiciones de vida de la gente. Si lo vemos desde una perspectiva más amplia, no es así.

**Félix Ovejero:** Una cosa es que las predicciones coincidan en un momento con la realidad y otra que el mecanismo causal que conjeturas se corresponda con ella. El Marx de *El capital* vuelve a Hegel. El primer volumen combina la lógica con la historia. Eso lo hace tan ilegible. Luego están los marxistas analíticos, que decidieron tasar a Marx con lo que hace la ciencia social. Prácticamente todos ellos han abandonado el cultivo de la tradición. Lo hace con gracia John Roemer, que reformula la teoría de la explotación a través de la moderna teoría económica y la teoría de juegos, y abandona toda la teoría marxista del valor. Seguramente el más interesante es Erik Olin Wright, que ha hecho una teoría de las clases sociales en obras como *Construyendo utopías reales*. Y para mí el gran filósofo político era Gerald Cohen. Pero hablaba de pura filosofía política, algo que Marx abandonó porque creía que la teoría moral era una especie de basura ideológica.

**Aurora Nacarino-Brabo:** Hay algo que es muy importante, que es la gran recesión de la década pasada. Fue un aumento de las contradicciones que había señalado Marx. Una clase dominante que incluso en lo más crudo de la crisis seguía teniendo beneficios, y era cada vez más rica, y una pauperización de una gran masa de trabajadores. ¿Eso es suficiente como contradicción? Quizá lo más parecido que podemos permitirnos hoy en día a una revolución es el 15-M. Pero sí hay una incomodidad, un malestar. Hay que revisar los sujetos de las contradicciones. Porque cuando Marx apunta una contradicción entre el proletariado y una burguesía capitalista es fácil ver esa divergencia de intereses y crear una conciencia de clase para sí que actúa. Pero las contradicciones del mundo actual son mucho más complejas.

**Mercedes Cabrera:** Cuando Marx escribe está buscando el sujeto, pero el horizonte está poco claro. La burguesía es incipiente. La vida política está en un momento de transformación radical. Pasa de ser una política de notables a una política de masas. Hay una cierta similitud con la situación actual en ese sentido. Ahora la identificación de los sujetos no está clara y no debemos